



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 2, Número 4, 2012

GRECA, Verónica (UNR-CONICET)

Reseña

DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela, *Mocovíes, franciscanos y colonos de la zona chaqueña de santa fe (1850-2011). El liderazgo de la mocoví Dora Salteño en Colonia Dolores*, Prohistoria Ediciones; TEIAA, Universidad de Barcelona, España; Rosario, 2012.

Gabriela Dalla-Corte Caballero ha investigado el proceso de colonización de los mocovíes en el último siglo y medio, el cual ha estado caracterizado por diversos conflictos entre los aborígenes, los misioneros franciscanos y los inmigrantes colonos. En esta obra, la autora se propone reconstruir la historia de una antigua reducción indígena del chaco santafesino denominada actualmente Colonia Dolores, dando cuenta de las luchas de los mocovíes por la resistencia en distintos períodos históricos. Dicha reconstrucción ha sido realizada a partir del relevamiento del Archivo del Convento San Carlos Borromeo de la ciudad de San Lorenzo, el cual conserva la documentación de las distintas misiones y reducciones franciscanas desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. A su vez, Gabriela Dalla-Corte se basa en su experiencia personal con los mocovíes y sus años transcurridos en Colonia Dolores durante la década de 1970.

Esta localidad resulta un espacio interesante para la investigación en muchos sentidos, pero fundamentalmente en relación con la historia de los pueblos originarios en la región, ya que Colonia Dolores estuvo siempre habitada por aborígenes mocovíes. Entre ellos se destacan el cacique Mariano Salteño, que jugó un papel fundamental a fines del siglo XIX, y su bisnieta Dora Salteño, quien lleva adelante una lucha por los derechos de los pueblos originarios desde hace varios años y por la cual se convirtió, a principios del siglo XXI, en la primera mujer aborígen en asumir la jefatura de la Comuna.

A lo largo del primer capítulo la autora indaga las transformaciones del cacicazgo mocoví, así como el proceso de colonización producido por los exploradores del espacio chaqueño y la presión del ejército argentino. A fines del siglo XIX empezó a gestarse un profundo conflicto entre los mocovíes que se negaban a abandonar el territorio que históricamente habitaban, y los colonos “blancos” que pretendían ocupar esos territorios, apoyados por las

Recibido con pedido de publicación 15/11/2012
Aceptado para publicación 03/12/2012
Versión definitiva recibida 14/12/2012

políticas del Estado que los consideraba un “progreso” para el país. Los franciscanos colaboraron estrechamente en pos de la “modernización” de la región, forzando para ello la cooperación de los aborígenes para aceptar reducirse. Así, a partir de 1866 comenzó el acercamiento para establecer a los mocovíes liderados por el cacique Mariano Salteño, quienes decidieron someterse al mandato del gobierno provincial con la condición de poder subsistir con cierta independencia territorial. De todas maneras, algunos mocovíes que no estaban de acuerdo con esta imposición decidieron abandonar las reducciones y establecerse en el monte chaqueño, lo que les valió el calificativo de “montaraces” o “ariscos”. En 1884 el jefe de la frontera norte, coronel Manuel Obligado, con ayuda de los franciscanos, dispuso enviar al interior del Chaco a los caciques Mariano Salteño y José Domingo Crespo, que por entonces se encontraban en la reducción de Santa Rosa, para pactar con otros mocovíes y formar una nueva reducción. Estos mocovíes acabarían integrando Colonia Dolores en el año 1900.

El segundo capítulo se propone analizar el proceso de transformación de los mocovíes que se instalaron en Colonia Dolores junto a fray Buenaventura Giuliani, un misionero franciscano y descendiente de extranjeros que pobló la región conocida como “confín del Chaco”.

Colonia Dolores nació como un asentamiento de aborígenes dependiente de la cercana localidad de San Martín Norte, un pueblo habitado principalmente por criollos e inmigrantes. Allí, la vida de los mocovíes estuvo caracterizada por la colonización, el desarrollo agrícola y la explotación maderera de los quebrachales, todo lo cual formaba parte de un proceso de transformación de la economía santafesina, que buscaba dejar de tener una base ganadera para constituirse como provincia agrícola. En 1894 Mariano Salteño, representante de una gran mayoría de aborígenes, envió una carta al Gobierno santafesino haciendo referencia a la tierra originaria que ocupaban los mocovíes que estaban a su cargo y a la situación crítica en la que se encontraban a pesar de su interés en cultivarla. Allí, el cacique afirmaba que las tierras concedidas, primero en 1872 y luego en 1888, habían sido ocupadas y usufructuadas por los colonos extranjeros que habían llegado recientemente. Finalmente, en el año 1900 tuvo lugar la ubicación definitiva de los mocovíes en la localidad que se denominaría Colonia Dolores, pero éstos perdieron sus tierras originarias y recibieron otras concesiones en zonas menos ricas del espacio chaqueño.

En el tercer capítulo, la autora analiza el hecho que tuvo lugar en el año 1904 en San Javier –pueblo cercano a Colonia Dolores–, el cual fue conocido como “el último malón”. Se trató de un movimiento que puede ser pensado, en términos generales, como una reacción de los mocovíes al proceso de expropiación de sus tierras por parte de los nuevos inmigrantes y a su explotación como mano de obra subordinada. En cuanto a las particularidades del enfrentamiento, sabemos que existía un conflicto con los caciques ya que algunos, entre ellos Mariano Salteño, apoyaban a las autoridades oficiales y eran acusados por muchos de traicionar a su propio grupo. Por otra parte, los frecuentes casos de abuso policial en la zona de San Martín Norte aumentaron el descontento e indujeron a los mocovíes a emigrar hacia San Javier, donde los líderes religiosos anunciaban que un diluvio provocaría el fin del mundo para los “blancos” y devolvería la tierra a sus verdaderos dueños. Finalmente,

el conflicto estalló el 21 de abril de 1904, trayendo como consecuencia el incremento de la represión y el silenciamiento de los mocovíes.

Esta investigación aborda las percepciones franciscanas sobre este movimiento, en particular, las de Fray Buenaventura Giuliani, quien en ese entonces se encontraba en San Javier como representante de la orden. Habiendo tenido oportunidad de ser testigo del conflicto, el misionero escribió varias veces tanto al Jefe político como al Ministro de Gobierno santafesino para referirse a estos sucesos y, paralelamente, redactó un largo informe personal para describir la actitud de los mocovíes, el cual fue enviado al prefecto de misiones. Este último se ha convertido en un documento histórico que permite entender el sometimiento mocoví y su supervivencia en aquel ámbito que inducía a algunos a aliarse a la Policía local y a los misioneros. Al finalizar su informe, Fray Giuliani se refirió a las heridas de los mocovíes, a quienes defendió afirmando que su interés no había sido sublevarse ni atacar a los criollos y extranjeros. Desde finales de abril de 1904, el misionero buscó impedir otro ataque a los aborígenes que tenía a su cargo entre la reducción de Colonia Dolores y San Javier.

Posteriormente, en el año 1914, fray Giuliani escribió una carta al Colegio San Carlos Borromeo expresando su preocupación acerca de la difícil situación en la que se encontraban los aborígenes que estaban siendo desplazados por los colonos “blancos” de San Martín Norte. En 1928, luego de un período de ausencia, regresó a este distrito, donde modificó las relaciones con los mocovíes y preparó el terreno para renovar las gestiones de la orden franciscana, dado que consideraba que los mocovíes se encontraban en una situación de “decadencia” que exigía la restauración de las reducciones –tanto en el aspecto material como espiritual. Fray Giuliani fue uno de los tantos misioneros formados por los franciscanos con el objetivo de transformar la vida de los indígenas chaqueños, motivo por el que se convirtió en un personaje central de la historia de los mocovíes durante la primera mitad del siglo XX.

Gabriela Dalla-Corte analiza comparativamente la visión plasmada en el informe del misionero y los recuerdos transmitidos por los mocovíes de Colonia Dolores, con el objetivo de mostrar el gran contraste existente entre estas distintas perspectivas. Por su parte, la autora interpreta el enfrentamiento de 1904 como el último intento de resistencia de los mocovíes antes de que terminaran de ser forzados a ingresar en el proyecto de “civilización”. Sin embargo, también retoma las palabras de una dirigente mocoví que asegura que su pueblo aun conserva su cultura y que propone revisar el concepto de “malón” para pensar en el conflicto como una “rebelión” indígena. Estos indicios y, fundamentalmente, el proceso de lucha que se analiza en los últimos capítulos de este libro, nos indican que los intentos de resistencia y reivindicación de los mocovíes no se han terminado y se han revitalizado durante las últimas décadas.

El cuarto capítulo analiza el proceso de colonización de los mocovíes en materia de trabajo y educación, aspecto en el que los franciscanos jugaron un rol fundamental hasta la desaparición de la orden de las reducciones y misiones. El objetivo de la educación era que los mocovíes recibieran una formación útil, para lo cual era necesario transmitirles costumbres “honestas” y la sensación de “alegría” hacia el trabajo, y se debía evitar la vida nómada a través de un trabajo estable. Sin embargo, con respecto a la actividad laboral,

los mocovíes que se empleaban mayormente como peones de obrajes y estancias terminaban muchas veces abandonando Colonia Dolores dada la extrema pobreza que allí se vivía.

A pesar de esta intención de “absorberlos”, y del hecho de que durante la primera mitad del siglo XX los misioneros se dedicaran a enseñar el castellano provocando la dilución de la lengua mocoví en la zona, hoy en día los aborígenes de Colonia Dolores se encargan activamente de la recuperación de esta lengua entre la población mocoví de la región.

El proceso de conversión de la antigua reducción indígena en la comuna del pueblo mocoví es analizado a lo largo del quinto capítulo, en el que se reconstruye la historia desde la década de 1970 hasta el año 1994. En ese año, Colonia Dolores se convierte en comuna luego de que la organización institucional de los mocovíes les otorgara independencia respecto de los “blancos” que habitaban San Martín Norte.

La recuperación democrática de 1983 permitió el reconocimiento de los derechos aborígenes en Argentina, aunque en la provincia de Santa Fe hubo que esperar hasta el año 1993 para que los beneficios alcanzaran a los mocovíes de la zona chaqueña. Al año siguiente, en 1994, la Constitución Nacional reconoció la preexistencia de los pueblos indígenas con respecto al Estado Nacional; sin embargo, tal como lo afirma una dirigente mocoví de la zona, el reconocimiento formal no se ha logrado traducir completamente a la práctica.

Por su parte, en el ámbito de la organización indígena se produjeron importantes avances a partir de la década de 1980. A nivel colectivo se formó en 1989 la Organización de Comunidades Aborígenes de Santa Fe (OCASTAFE) que realiza asambleas e impulsa la conformación de delegados elegidos a través del consenso de la comunidad; también se creó el Instituto Provincial de Aborígenes Santafesinos (IPAS) que es conducido por los representantes de los pueblos mocoví, toba y kolla. Finalmente, los mocovíes consiguieron que se reconozca a Colonia Dolores como la primer Comuna del Pueblo Mocoví, tanto en el marco de la provincia de Santa Fe como a nivel nacional.

El sexto y último capítulo de la obra muestra que Colonia Dolores es un espacio fundamental en la lucha del pueblo mocoví ya que, además de su declaración como Comuna en 1994, ha conseguido establecer el mocoví como lengua oficial junto al español y, en el año 2006, ha adquirido su propia bandera. Estas reivindicaciones se debieron fundamentalmente a Alfredo y Dora Salteño, quienes protagonizan un proceso de transformaciones que continúa hasta la actualidad con el derecho obtenido por los mocovíes para fundar su propio cementerio y con la creación del primer museo mocoví de nuestro país. Este museo pretende conservar, según los propios mocovíes, la sabiduría de sus ancestros, a la vez que ha movilizó la lucha para que ninguna otra institución pueda exhibir restos óseos de mocovíes, los que hasta hace muy poco tiempo eran mostrados junto a otros objetos en distintos museos de la región.

En la actualidad, los mocovíes luchan para legalizar las parcelas de tierra en las que habitan desde hace más de cien años, cuando el gobierno santafesino los obligó a construir allí sus precarias viviendas, primero bajo el control de los

franciscanos y luego, desde mediados del siglo XX, sin ayuda concreta del Estado.

Tanto el pueblo mocoví como la región del chaco santafesino han sido escasamente abordados desde la historia y la antropología. Así, la importancia de la investigación de Gabriela Dalla-Corte consiste en dar a conocer el proceso de colonización de una región poco conocida y estudiada como Colonia Dolores y en contribuir a la visibilización de los pueblos originarios, y en particular de los mocovíes, quienes actualmente buscan recuperar parte de su historia y el reconocimiento de sus derechos.

